

Michel Bertrand, *Grandeur et Misère de l'Office: Les officiers de finances de Nouvelle-Espagne, xviiie-xviiiè siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999, 458 p. ; tablas de materias, ilustraciones y gráficas.

¿Qué es la prosopografía y cuál su utilidad para la historia social de la Nueva España? Ésta es la pregunta central que se plantea Michel Bertrand desde el inicio de esta gran investigación sobre la burocracia fiscal imperial en los siglos XVII y XVIII. Curiosamente, el autor nos remite en primer término a la Roma imperial, señalando que un buen número de historiadores europeos han recurrido al método prosopográfico con objeto de suplir la escasez relativa de fuentes escritas para intentar ofrecer un cuadro de conjunto de buen número de las figuras de primer y segundo plano que fueron piezas claves en el sostenimiento de la gran burocracia administrativa, fiscal y militar del imperio romano a lo largo de varios siglos. Así, mediante la recolección de fragmentos de información biográfica o sociológica sobre la elite romana se ha logrado reconstruir un aspecto clave de la historia social de ese impresionante Estado antiguo.

Sin duda, la aplicación de los métodos prosopográficos también ha resultado de considerable utilidad para la reconstrucción de un buen número de los cuerpos de las sociedades del Antiguo Régimen europeo, especialmente para los siglos XVI al XVIII, cuando abunda mayor información sobre un conjunto amplio de individuos. En general, los historiadores que desean reconstruir y describir una o varias generaciones sucesivas de funcionarios, políticos, aristócratas o comerciantes (que son las figuras más comúnmente estudiadas) intentan la identificación de un *universo* de al menos 100 a 300 individuos. En algunas ocasiones, se llega a contar con información sobre más de medio millar de miembros de un mismo grupo social, lo que evidentemente aumenta los problemas de análisis. Bertrand sugiere que en casos excepcionales, en los que los investigadores intentan analizar varios millares de individuos, la información cuantitativa tiende a desbordar la cualitativa, hasta el punto de tornarla casi irrelevante y, por tanto, reduciendo el interés del estudio.

Algunos de los mejores estudios de tipo prosopográfico que han realizado historiadores europeos han versado precisamente sobre los siglos XVII y XVIII que tanto interesan a Bertrand. Estudios de los grandes cuerpos de la monarquía absoluta francesa, como aquellos sobre la nobleza de la toga y la nobleza de la espada son clásicos. También lo son aquellos impresionantes trabajos sobre los comerciantes y aristócratas ingleses de los siglos XVI y XVII redactados por Lawrence Stone y Robert Brenner, al igual que los clásicos estudios de Louis Namier sobre la elite parlamentaria inglesa del siglo XVIII. Bertrand, sin embargo, no menciona ni cita la literatura inglesa al respecto. Prefiere utilizar, como sus *modelos* prosopográficos, una serie de importantes obras sobre Francia, España e Italia del antiguo régimen, quizá porque considera que la organización burocrática del imperio español en América tenía muchas más afinidades con éstas que con otros estados europeos.

Dejando de lado los estudios europeos, lo cierto es que no hay que menospreciar la riqueza de obras de tipo prosopográfico realizadas por historiadores que han trabajado sobre la América española en la época colonial. Una revisión de la extensa bibliografía de Bertrand nos permite identificar varias páginas de referencias a obras de este tipo; saltan a la vista las aportaciones de Burkholder y Chandler sobre los funcionarios de las audiencias, los estudios de Linda Arnold sobre funcionarios novohispanos, los estudios sobre generaciones de comerciantes coloniales de Susan Socolow y Christina Borchart de Moreno, o los trabajos de Doris Ladd, John Tutino y José de la Peña sobre la nobleza colonial. Yo, personalmente, considero que también vale la pena recordar dos obras pioneras que no deben estar ausentes de ninguna discusión sobre la historia social hispanoamericana: me refiero a las obras clásicas de Alice Gould sobre los marineros de Colón (quizá el primer esfuerzo de reconstrucción prosopográfica de la época colonial) y el trabajo clásico de James Lockhart sobre los españoles de Lima entre 1540 y 1560.

Lo que nos ofrece ahora Michel Bertrand es una investigación casi exhaustiva sobre los funcionarios de real hacienda de la Nueva España entre 1660 y 1780. El autor afirma que sus objetivos generales consisten en contribuir a un mejor conocimiento de la administración de esa burocracia y, a la vez, a una explicación más detallada y fina de las estrategias familiares de este cuerpo social, sus alianzas, matrimonios. En fin, se trata de una anatomía de un cuerpo

delimitado de sujetos privilegiados que ocupaban puestos claves en una esfera del imperio español, y de sus métodos de supervivencia y reproducción. Bertrand agrega que sus objetivos más específicos consisten en explicar los mecanismos de acumulación de estos individuos a partir del análisis de la lógica económica y política de dos fenómenos entrelazados: el clientelismo y la corrupción burocrática. En este sentido, podría decirse que sigue los pasos de las obras pioneras de John Parry sobre la venta de oficios en la Nueva Galicia, obra de 1948 (afortunadamente traducida y publicada por El Colegio de Michoacán hace poco), aunque Bertrand va mucho más a fondo en el análisis de las múltiples formas por las que se *mercantilizaban* las actividades administrativas y, en particular, las fiscales. En la práctica, conviene subrayar que Bertrand prefiere como guía la magnífica obra de John Phelan sobre el reino de Quito en los siglos XVII y XVIII.

Para realizar su investigación, Michel Bertrand ha buceado en una enorme cantidad de ramos de cinco archivos, principalmente, Archivo General de la Nación (México), Archivo de Indias (Sevilla), Archivo Histórico Nacional (Madrid), Archivo de Notarías (Ciudad de México), Archivo Histórico del estado de Zacatecas. De allí ha extraído información muy detallada sobre las carreras de varios centenares de funcionarios fiscales a lo largo de más de un siglo. En primer término, ello le permite pintar un cuadro minucioso y esclarecedor de los distintos cargos fiscales, de sus relaciones con otros agentes sociales (alcaldes mayores, asentistas), sus niveles salariales y sus prácticas (frecuentemente ilícitas) en el manejo de las cobranzas y pagos en las reales cajas.

Bertrand resalta el hecho de que la relativa autonomía de muchos de estos funcionarios —probablemente por lo extenso del imperio y su burocracia— facilitaba la práctica de la corrupción. El autor lo ilustra con numerosos casos muy precisos, y señala que para contrarrestar estas tendencias, cada vez más comunes, el Estado imperial aplicó una lógica de vigilancia y supervisión asaz compleja, que describe como una *cascada de controles*; las más notorias son las famosos *visitas* de altos funcionarios que fueron enviados con cierta regularidad desde la península para verificar qué ocurría en el manejo administrativo en las Indias. En otro capítulo, Bertrand analiza las carreras de los oficiales. Éste es, sin duda, el estudio más detallado jamás realizado sobre un grupo de funcionarios del imperio

español. El estudio de los orígenes y destinos se ilustra con gran profusión de cuadros.

A este análisis burocrático-administrativo y geográfico, se agrega en un capítulo subsiguiente un estudio matizado de los temas de la sociabilidad, familia, y linaje de los altos funcionarios fiscales. Esta parte del trabajo de Bertrand me parece una de las más sugerentes como contribución a la sociología histórica, en particular la parte que dedica a lo que denomina como *linages*. Lo que se observa es que los funcionarios desarrollaron estrategias que duraron por varias generaciones para asegurar que los puestos imperiales quedaban *en famille*. A través de alianzas matrimoniales y políticas o utilizando las redes que les permitían el compadrazgo, la amistad y las relaciones clientelares, lograban que sus descendientes o parientes monopolizaran buena parte de los cargos de esta parte clave y lucrativa de la administración imperial.

Esta propuesta de Bertrand sugiere que en el antiguo régimen —fuese en América o en Europa— el cuerpo de altos funcionarios fiscales (al igual que los aristócratas, altos oficiales militares, altos oficiales judiciales y grandes comerciantes) tendían a buscar el mantenimiento de verdaderas oligarquías sociales que controlaran fuentes importantísimas de ingresos y negocios económicos y de nichos claves de control político. Y, además, sugiere que era común que tuvieran éxito en estos propósitos durante varias generaciones. Sería de interés que, en el futuro, el autor extendiera su estudio a una discusión *comparativa* de esta problemática, tan fascinante para el historiador social.

Carlos MARICHAL